

# La luz de los regresos

Esta noche te has acercado otra vez hasta mis sueños. Llegabas de los confines de la ausencia para corretear por los campos de mi fantasía, o quizás, quién sabe, de la tuya. Durante algún tiempo me lo estuve preguntando, y con no pocas dosis de ingenuidad, pero, al fin, concluí que la respuesta, si existía, no cambiaría nada en absoluto. No haría que el tiempo retrocediese modificando con ello tu destino. Dejé, pues, de escrutar tan vaporosas cuestiones y me aferré con pragmatismo a lo único que realmente contaba: tu presencia ocasional llenando conmigo esa geografía onírica, limítrofe de la esperanza, que nos acoge y que, insisto, si es el alma de alguno de los dos, no me urge saberlo. No pretendo ser sabia sino feliz, por eso cada noche, al cerrar los ojos y por primera vez en todo el día, pienso en ti. De mis más ignotas profundidades, algo suave y pujante a la vez toma la palabra y entra en coloquios con tu recuerdo. Yo, que soy materialista diurna, al borde de los sueños me veo cometiendo la más vergonzosa de las apostasías olvidando dialécticas marxistas para hacerme feligresa de las más variopintas metáforas religiosas, Amparada en la doble oscuridad de la habitación y de mis ojos cerrados a cal y canto, elevo plegarias a los dioses, les pido que si realmente son, si verdaderamente están, te traigan a mí o me lleven a ti. Para ellos, para que perdonen mi camaleonismo, convierto mi nocturno corazón en una ofrenda desmesurada de templos y monumentos. Sé que es una liturgia promiscua pero siento que debo participar en este pulso contra la naturaleza, algo me lleva a incorporarme a las filas de esa humanidad que no pregunta pero que confía en lo impalpable. Desde el fondo de los tiempos, a este sino injusto de llegar y pasar disputamos el relativo derecho a no perdernos también en la muerte y tanteamos con la fe abierta o con la esperanzada esperanza, incluso con el escepticismo. Soñamos, sobre todo soñamos, porque nos parece que en los sueños está la patria de los que no se resignan a ser hojas en el viento. En esta contienda, yo milito en la nutridísima y clandestina célula de los fari-seos. De día, pretendo que la razón alumbré todos mis actos, detesto la utopía, practico el silogismo

científico; soy muy seria. De noche, surge mi humus religioso y me espantan todos esos rigores. Este invertebrado que vive en nosotros desde mucho antes de que seamos nosotros, me pone en contacto con lo difuso, y así vienen a ocurrir posiblemente nuestros encuentros. Pero mi don es intermitente, ya lo sabes, por lo que suelen pasar las horas, la noche entera y multitud de noches. No acudes y mi ciudadela se desmorona, este derroche de piadosa arquitectura acaba exhibiendo su esqueleto de ruinas y es profanado por un tropel de sueños que cruzan como fantasmas las calles que fueron. Al despertar, mi memoria conserva vaga huella de su tránsito, apenas recuerdo lo qué me han contado y a quién pertenecen las elusivas sombras que los pueblan. Sé, eso sí, que tú no estabas en ellos. Abro los ojos y no me siento ni bien ni mal, mi cuerpo ha respondido obedientemente a una imposición biológica y esperaré, esperaré a que mis presurosos y desharrapados sueños dejen paso al esplendor. Como ha sucedido hoy cuando he vuelto a encontrarme en un recinto circundado de paredes tibias y pegajosas donde el tiempo parece trabado en un presente continuo.

En ese limbo permanezco enroscada como un embrión. Existo, de alguna forma extraña puedo saber que existo, pero es como estar *en el mundo de las Ideas* de Platón y no ser más que una especie de molde de una misma. Vivaqueo bajo un cielo ciego y circular que me protege lo mismo que una nutriente placenta, hasta que apareces como un mesías de luz. El blando y glauco silencio se rompe unos instantes con el vuelo ondulante de tus manos, dos aves en el aire buscando el nido de las mías, y el inacabable amanecer que viene contigo me revela de pronto todas las verdades del universo, entre ellas, quién soy exactamente y qué hago allí. A partir de este prólogo repetido fielmente cada vez, nuestros encuentros ya no responden a ningún guión, Precisamente era esta escenografía la que me llevaba a desconfiar de lo activo de mis aventuras oníricas. ¿Quién soñaba a quién? Era fantástica la duda y, hasta cierto punto, inevitable dado que, si bien es cierto que la imaginaria de los

1. Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XVII Concurso de Cuentos "Villa de Rentería", organizado por "Ereintza Elkarte", con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria, cuyo jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Félix Maraña, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.



Aquatinta: Xabier Obeso

sueños no tiene límites, todo este atrezzo recreando mi nacimiento no tenía aspecto de ser un mero capricho estructural, por lo menos mi espíritu se negaba a admitirlo así. Y recordaba en aquellos días de preocupada búsqueda tu fascinación por la mitología griega, en particular, por la leyenda de Zeus concibiendo en su cabeza a la Ojizarca. Pero ya te he dicho que no me interesa la posesión de esta verdad última, ni soy quién para encontrarla ni tengo los medios. Me quedaré con estos sueños que abren amables paréntesis en tu ausencia y gracias a los cuales aún puedo recuperarte. Esta noche he tomado tus manos reconfortantes entre las mías y me he lanzado al interior de tu mirada para descubrir mi propia imagen recostada en un mullido e irisado lecho. Eran sensaciones serenas, sin algaradas emocionales. Recoríamos una comarca de contornos y colores imprecisos y, a medida que avanzábamos, este territorio se desplegaba interminablemente. Era como si nuestros pies estuvieran sobre un caleidoscopio y la tierra brotara y brotara debajo, siempre alejándose, siempre desdibujada, con la única luz que nacía de ti proyectándose en su huidiza epidermis. He vuelto a estar contigo y, si Rimbaud no lo hubiera hecho ya, yo podría haber dicho ahora que "He soñado la noche verde de nieves deslumbradas".

Por las cuatro esquinas de la deslumbrada noche he sido privilegiada Atenea que oía tu mirada, veía tus palabras y dialogaba con tus sentimientos, y, al despertar, aún tenía en mis manos el eco fragante de las tuyas y en mi cabeza la evidencia de que jamás te he querido tanto como te quiero en mis sueños. En la penumbra azulada de la habitación he abierto los ojos. Tras la persiana había un fulgor amarillo y urgente, una presencia sofocante a pesar de lo temprano de la hora. Se aplastaba contra la madera haciéndola crujir y a través de las ranuras introducía una lluvia de dedos luminosos y ávidos. Penetraban como cuchillos apuñalando la oscuridad que, malherida, se retiraba hacia los ángulos más distantes de la ventana. Los dedos crecían, se ahuecaban, produciéndose finalmente en ellos una metamorfosis cónica. En esas turbias gargantas he visto rotar a cámara lenta miles de cenicientas partículas que seguramente eran las miasmas del sueño que el día venía a desbaratarme. Perezosamente he extendido el brazo hacia el lugar que suele ocupar Antton y he encontrado el hueco aún tibio y ligeramente húmedo que ha dejado su cuerpo. "Que te tomes la leche, que andamos tarde". Desde la cocina me ha llegado su voz. Y la niña, insoportablemente mimosa por las mañanas, ha llorado un poco. Pero Antton a la carga: "Que te la bebas-que te calles que vas a despertar a tu madre". Más lloriqueos. Las dos mujeres de Antton lo esclavizan amorosa-

mente pero esto no parece importarle en absoluto, más bien al contrario, juraría que goza con su vasallaje ya que tras esa sonrisa un poco malévola, tan milimétricamente exacta a la tuya, con que nos obsequia cuando le reñimos o le lloramos, se adivina una entrega inmensa como un océano. Por unas décimas de segundo, algo parecido a un sentimiento de culpabilidad ha podido echarme de la cama para poner un poco de orden entre padre e hija pero enseguida se ha desvanecido, tan leve era su textura que se ha volatilizado en mi cabeza casi al momento. Estaba despierta, sí, de vuelta ya, sin embargo el esfuerzo de un viaje demasiado prolongado y distante me exigía un periodo de aclimatación antes de retomar mi vida de siempre. Era lo mismo que suele experimentarse a la vuelta de las vacaciones: por unos días andamos sonámbulos de aquí para allá malviviendo entre los paisajes perdidos y los recuperados. No se pisa firme porque no estamos enteros aún, una parte de nosotros remolonea tozudamente por alguna playa distante haciendo incluso que nuestras ojos de aquí reciban insinuantes tarjetas postales. Ese tardío veraneante que se abraza al espectro de un verano regresa al fin, pero tan agotado que sólo es capaz de colgarse pesadamente de su otra mitad y será un haragán durante algún tiempo. He permanecido en la caliente oscuridad hasta que los alborotadores se han marchado y, luego sí, luego, cansada, muy cansada, agobiando con mi peso a mi mitad responsable, he comparecido en cuerpo y alma en la cocina y en mis días sin ti. Cansada, muy cansada. Tibiamente feliz.

La cocina era un caos aunque ya hace tiempo que decidí no quejarme de los desbarajustes perpetrados por Antton. Supongo que mi silencio es una especie de indemnización moral que doy a mi marido por mis escapadas, no las de ida, claro está, sino las de vuelta. Mientras se calentaba el café ha sonado el teléfono. En el hospital volvían a cambiarme el turno así que hoy también llegaré a casa de madrugada. Me he acercado al balcón con la taza en la mano y mientras el aliento del café se paseaba por mi rostro, los ojos se me han ido al encuentro de una pequeña gaviota que planeaba en círculos, casi en vuelo rasante, sobre las ocre y quietas olas de los tejados próximos. He permanecido mucho rato, poco menos que extasiada, contemplando sus evoluciones con el café olvidado en la mano. Y no era para menos ya que, gradualmente, su vuelo se había ido convirtiendo en un auténtico alarde acrobático y por alguna misteriosa razón yo estaba convencida de que los rizos ascendentes, las barrenas vertiginosas, las paradas en seco a escasos centímetros de aquel mar de barro cocido, todo eso me estaba destina-

do. En un momento, la he visto posarse frente al balcón, muy cerca, tanto, que distinguía perfectamente los dos puntitos ambarinos y brillantes de sus ojos. He pensado en *Juan Sebastián Gaviota*. En realidad, he pensado en tí regalándome una inusual despedida antes de volver con tu banda, antes de regresar al litoral en el que ahora vives. He entrado en tu habitación -ahora la de Nere- para arreglarla. Todavía me domina un poco este cuarto y aunque no piense en ello de una manera clara noto cómo mis piernas ceden imperceptiblemente en el umbral. Esta mañana en que me siento extrañamente remisa a abandonarte han vuelto a flaquear al tiempo que en mi cabeza alguna cuerda de la memoria se tensaba peligrosamente. Supongo que ha sido inevitable retroceder a aquella tarde aciaga, dos semanas después de tu muerte, en que decidí entrar valientemente sola. Había estado todos aquellos días debatiéndome en medio de un crepúsculo interminable. A veces gritando, a veces llorando, a veces riendo. Al fondo de aquella locura me esperaba un caritativo sopor, un coma profundo del que poco faltó para que no saliera. Pero volví al fin, con todas las bocas de mi dolor abiertas me reincorporé al mundo y a los brazos de Antton. Hoy puedo decir que mis heridas están perfectamente cicatrizadas, son visibles, son feas, pero ya no muerden. Hay una, sin embargo, que no se ve y que nada tiene que ver contigo. Me sobrevino al regreso del infierno, vive en mi conciencia y, cuando miro a Antton, si no ando con cuidado se pone a rezumar un humor blancuzco y espeso que me envenena como sólo puede hacerlo la vergüenza. Mi pobre y desolado Antton de aquellos días oscuros en que tuvo que beberse ríos de lágrimas, Antton, mi pobre y desolado Antton ¿dónde lloraría al fin? ¿por qué rincones apartados de mi egoísmo fue dejando su dolor? Así que valientemente sola, estúpidamente sola, entré creyendo que con ello demostraba mi valor a todo el mundo. Sobre tu mesa de trabajo estaba uno de los tomos del diccionario y, aunque procuraba ignorarlo, finalmente me decidí a colocarlo en su estantería. Una hoja de papel se deslizó de sus páginas cayendo al suelo. El corazón empezó a alborotarseme cuando vi tu letra grande y redonda conformando un poema para una desconocida Maider. Ví también al miedo hacerse relámpago en mi cabeza pero su trallazo no consiguió disuadirme y lei *Tus manos en mi frente, Aladas caricias, se detienen, Cierro*

*los ojos para verte, Sello mi boca para hablarte Y abro los batientes de mi corazón para que entres...* De pronto me di cuenta de que tu voz estaba retumbando a mi alrededor, cada palabra era un cañonazo que conmovía las paredes y penetraba aún más violentamente en mi cerebro. Quise gritar pero la desesperación era una sierpe que reptaba por mi garganta ahogándome. Caí vencida sobre la cama y un denso silencio se echó a mi lado y me abrazó. No sé cuánto tiempo me tuvo atrapada aquel inquietante compañero pero sí recuerdo un leve roce en mi frente y un apretar los ojos y los labios. Y un dejar el corazón de par en par. Viniste mucho después, debí aguardar a estos esporádicos sueños en los que, después de todo, pudiera ser que sólo sueño que me sueñas, un efecto terapéutico del tiempo. Salí de allí como sale un barco de la tormenta y, a pesar de mi destrozo, aún pude distinguir tu sonrisa un poco malévola, tan milimétricamente exacta a la de tu padre. Hubiera pulverizado aquel retrato pero hoy, delante de ese rostro anclado en una adolescencia que difumina la pátina de los años, tu sonrisilla está tan atenuada que tiene ahora una amarillenta e inesperada dulzura. Ha vuelto a sonar el teléfono y, entonces, he oído el golpecito breve y blando de una puerta cerrándose por algún lugar de mi pecho. Esta noche reincidiré en mi soborno a la impalpable, volveré a ser Acrópolis que lance pentélicos guiños a mis difusos padrinos. No vendrás, sé que no vendrás tan pronto, pero yo seguiré dejando en todos los altares, por si acaso.

### MERTXE CARNEIRO BELLO

Es natural de Rentería. Ha cursado estudios de secretariado y francés, y es profesora (no ejercitante).

Ha trabajado en una empresa de servicios de Donostia, como secretaria de dirección y en el INEM de Rentería como administrativa.

Siempre le ha gustado escribir. Pero sólo desde hace pocos años ha decidido hacerlo con ánimo de publicarlo.

Es colaboradora de OARSO.

Fervorosa aficionada a la lectura, le gusta pasear, conversar y VIVIR.